

SOFÍA DE CASTRO

Salvar lo femenino



Salvar lo femenino

Sofía de Castro

Economista y Psicoanalista miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis
y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis

El temporal Filomena arrasa y, en un mismo movimiento, otorga una belleza inaudita. Se han roto los árboles más grandes y también han caído ramas de otros arboles espléndidos; la hoja perenne, dicen, se les ha vuelto en contra. La tercera ola de la pandemia mata más deprisa, nuestro intento estulto de convivir con el virus no funciona. Hace tan solo unos días han asaltado el Capitolio de los Estados Unidos; hasta ahora solo lo habíamos visto en las películas de zombis, que ya no nos parecen tan malas; después de ver lo que sucede, son los únicos guiones que dan alguna referencia del mundo presente y por venir. La democracia se muestra de nuevo como algo no garantizado; hay que velar por ella, hay que salvarla de los que la rechazan. Igual que lo femenino.

Ante tanto evento extraordinario y peligroso para la vida misma, e intentando terminar un texto sobre el goce femenino, me ilumina la idea de que éste tiene las características de lo fabuloso (merecedor de un capítulo aparte) y que el rechazo a lo femenino, o mejor diremos, el odio a la mujer, es pandémico. Es la otra pandemia.

Philomena, personaje mitológico, fue violada por su cuñado, que después le cortó la lengua para que no le denunciase. Se vengó cocinando al hijo del violador y dándoselo a comer. Para ello contó con la ayuda de su hermana, madre del niño cocinado que, al estilo de Medea, no dudó en matar a su hijo para vengarse del hombre que la traiciona –algo que nos sirve muy bien para distinguir los conceptos de madre y de verdadera mujer–. Los dioses castigaron a los tres, según cuenta Ovidio en *La metamorfosis*, convirtiéndolos en pájaros, a Philomena en ruiseñor; pero eso nos interesa menos.

Me hace feliz el nombre del temporal, me parece muy oportuno para el tema que quiero tratar aquí. Resultan extremadamente escandalosos los crímenes cometidos por mujeres, quizá sea por inesperados, por inusuales. Sin embargo, estamos habituados a que los hombres maten mujeres y, no por casualidad, a sus parejas y ex parejas. Leo en la prensa que, contra todo pronóstico, en 2020, año de confinamiento, han sido asesinadas menos mujeres.

“Han sido asesinadas” voz pasiva. Es la que se usa en estos casos: “fueron asesinadas”, “han sido violadas”, “han sufrido abusos”, etc. La voz pasiva es una forma de construir la oración que permite no enfatizar sobre el sujeto que lleva adelante una acción, sino sobre la acción misma. En la manera de relatar la violencia contra las mujeres se enfatiza el crimen, la violación, el abuso, no al sujeto responsable. Cuando se quiere nombrar a un responsable, éste es la “violencia machista”, no los hombres. Probemos a cambiar el orden gramatical de las frases y a los responsables de la acción: “Más de 1.000 hombres han matado a sus parejas o ex parejas desde 2003” “Hombres conocidos, amigos o familiares ejercen una violencia sexual contra mujeres, éstos representan el 60% de la violencia sexual ejercida contra ellas” “Más del 57% de mujeres mayores de 16 años en España ha sufrido algún tipo de violencia proveniente de los hombres”. Cifras pandémicas. Precisamente, y no por azar,

esto sucede en unos tiempos en que la virilidad atraviesa sus horas más bajas: hombres confusos ante su propia elección, disputando a las mujeres el lugar que causa el deseo, presos de un narcisismo apático, inhibidos frente al deseo de una mujer.

Leía, como digo, que en este año ha habido menos asesinatos de mujeres; explican que no hacía falta, que estaban al alcance de la mano. Parece ser que el maltratador sigue la misma estrategia que un virus: el fin no es matar al huésped, sino conservarlo vivo para sus fines. Traducido a términos psicoanalíticos: la muerte del objeto no interesa –por eso tantos se suicidan después de asesinar– sino la perpetuación del goce. Se recogen en los diarios voces de expertos que afirman que el fin último no es “el daño por el daño” sino “controlarla, dominarla y someterla a dictados”. Son eufemismos. Hay una perversión, un goce sádico que se ejerce sobre el cuerpo de las mujeres. La causa primera es la existencia en la psique de un rechazo a lo femenino –proveniente tanto de hombres como de mujeres–, que se presenta como una roca inamovible, y que en el extremo se convierte en un odio a la mujer.

Pero no todo son asesinatos. Si hablamos de un tema central y refiriéndonos solo a nuestros refinados países occidentales, se ejerce –en términos de biopolítica– un control sobre los cuerpos de las mujeres a través de su sexualidad. La representación social y cultural que se hace de la sexualidad femenina condiciona su ejercicio. La concepción de la misma ha sido, como poco, negligente, si no interesada. Por poner solo un ejemplo, y ciñéndonos a la genitalidad, la pretendida satisfacción vaginal –solo ahora se puede decir sin disimulo– no es más que un sueño masculino, en favor de su propia sexualidad y en detrimento del goce clitoridiano. Lacan escribió en 1958 que “el clítoris, por muy autísticas que sean sus solicitudes, se impone sin embargo en lo real”, a pesar de ello, hasta veinte años después de iniciado el siglo XXI, el mercado –que todo lo quiere– no ha comercializado un pequeño aparato, conocido como *Satisfyer* –objeto de bromas y, por tanto, de miedos masculinos– que revela algo primordial: el órgano que se impone, lo que lo satisface sin ambages y el semblante macho que porta la palabra “consolador”.

Por tanto, cuidemos las palabras, que ya lo dijo el genio: “Primero se cede en las palabras y luego se termina cediendo en los hechos”.

Salva Lo Público, 15 de enero de 2021